

Oración

I

Tierra,
penetro tus entrañas por la besana fresca,
como si fecundara
tu matriz sempiterna con la reja vibrante;
oigo toda la vida, como si me llamara
desde el terrón moreno hasta el cielo distante.

Se extienden a mi vera las sendas infinitas
del paisaje y del ansia;
los horizontes hondos me abrazan de distancia
y me alientan las voces de la tierra encendida,
madre de mis hermanos los bueyes con que aro,
en cuyos ojos mansos la mañana se asoma
para elogiar la vida.

Ya me siento ligado a tus arcanas voces,
hermano de Francisco y de su hermano lobo,
y siento, en alma viva, este ardoroso arrobo
que canto,
como si el canto fuera
remoto, de la hierba,
del agua o de la era.

II

Tierra madre infinita,
quiero elogiarte el agua,
sangre de tus heridas;
el peñasco moreno y taciturno
y el árbol engarzado sobre la lejanía;
el brazo soñoliento del horizonte verde
que abraza la llanura temblorosa de espigas

Te elogio en el profundo respiro matinal
que derrama la aurora, copa inmensa del mundo,
y en el suspiro místico
de la tarde.

Tierra,
madre del pájaro y la hormiga;
blanda madre del tallo y de la flor.
Madre de las espigas
y del trino que sangra
la calandria.

Madre de la torcaza
y la víbora,
y de mis cinco hermanos
que mi sombra cobija.

Madre de Abel el dulce y de Caín el duro,
y de Rabí muriente,
florecedo de espinas
y de amor.

Madre de mi adorada madre,
que se apagó una noche
y encendióse en mi vida.

Mi voz de labrador
ansiosamente grita:
que haya paz en tus prados,
que los vientos fatales de tu muerte
no asesinen la brisa,
y que en mi corazón no muera nunca
el fervor saludable de la vida.

